

# A los éxtasis de Teresa de Jesús

[Poema - Texto completo.]

Miguel de Cervantes Saavedra

Virgen fecunda, madre venturosa,  
cuyos hijos, criados a tus pechos,  
sobre sus fuerzas la virtud alzando,  
pisan ahora los dorados techos  
de la dulce región maravillosa  
que está la gloria de su Dios mostrando:  
tú, que ganaste obrando  
un nombre en todo el mundo  
y un grado sin segundo,  
ahora estés ante tu Dios postrada,  
en rogar por tus hijos ocupada,  
o en cosas dignas de tu intento santo,  
oye mi voz cansada  
y esfuerzo, ¡oh madre!, el desmayado canto.

Luego que de la cuna y las mantillas  
sacó Dios tu niñez, diste señales  
que Dios para ser suya te guardaba,  
mostrando los impulsos celestiales  
en ti, con ordinarias maravillas,  
que a tu edad tu deseo aventajaba;  
y si se descuidaba  
de lo que hacer debía,  
tal vez luego volvía  
mejorado, mostrando codicioso  
que el haber parecido perezoso  
era un volver atrás para dar salto,  
con curso más brío,  
desde la tierra al cielo, que es más alto.

Creciste, y fue creciendo en ti la gana  
de obrar en proporción de los favores  
con que te regaló la mano eterna,  
tales que, al parecer, se alzó a mayores  
contigo alegre Dios en la mañana  
de tu florida edad humilde y tierna;  
y así tu ser gobierna  
que poco a poco subes

sobre las densas nubes  
de la suerte mortal, y así levantas  
tu cuerpo al cielo, sin fijar las plantas,  
que ligero tras sí el alma le lleva  
a las regiones santas  
con nueva suspensión, con virtud nueva.

Allí su humildad te muestra santa;  
acullá se desposa Dios contigo,  
aquí misterios altos te revela.  
Tierno amante se muestra, dulce amigo,  
y, siendo tu maestro, te levanta  
al cielo, que señala por tu escuela;  
parece se desvela  
en hacerte mercedes;  
rompe rejas y redes  
para buscarte el Mágico divino,  
tan tu llegado siempre y tan contino  
que, si algún afligido a Dios buscara,  
acortando camino  
en tu pecho o en tu celda le hallara.

Aunque naciste en Ávila, se puede  
decir que Alba fue donde naciste,  
pues allí nace donde muere el justo;  
desde Alba, ¡oh madre!, al cielo te partiste:  
alba pura, hermosa, a quien sucede  
el claro día del inmenso gusto.  
Que le goces es justo  
en éxtasis divinos  
por todos los caminos  
por donde Dios llevar a un alma sabe,  
para darle de sí cuanto ella cabe,  
y aun la ensancha, dilata y engrandece  
y, con amor süave,  
a sí y de sí la junta y enriquece.

Como las circunstancias convenientes  
que acreditan los éxtasis, que suelen  
indicios ser de santidad notoria,  
en los tuyos se hallaron, nos impelen  
a creer la verdad de los visibles  
que nos describe tu discreta historia;  
y el quedar con victoria,  
honroso triunfo y palma  
del infierno, y tu alma  
más humilde, más sabia y obediente  
al fin de tus arrobos, fue evidente

señal que todos fueron admirables  
y sobrehumanamente  
nuevos, continuos, sacros, inefables.

Ahora, pues, que al cielo te retiras,  
menospreciando la mortal riqueza  
en la inmortalidad que siempre dura,  
y el visorrey de Dios nos da certeza  
que sin enigma y sin espejo miras  
de Dios la incomparable hermosura,  
colma nuestra ventura:  
oye, devota y pía,  
los balidos que envía  
el rebaño infinito que críaste  
cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste,  
que no porque dejaste nuestra vida  
la caridad dejaste,  
que en los cielos está más extendida.

Canción, de ser humilde has de preciarte  
cuando quieras al cielo levantarte,  
que tiene la humildad naturaleza  
de ser el todo y parte  
de alzar al cielo la mortal bajeza.